VERDADERA RELACION, EN LA QUE SE REFIERE un portentoso milagro que obró San Antonio de Padua con un Renegado, natural de la ciudad de Toledo: dase cuenta, como se le apareció San Antonio, y lo llevó al infierno, haciéndole ver la cama preparada para él, si no se reconocia y se volvia à Dios nuestro Señor, y lo demás que verá el curioso.

DE DON JUAN ROSIQUE.

DUlce Jesus de mi vida,
Rey de los cielos y tierra,
en cuya mano divina
el universo se encierra,
dame tu gracia, Señor,
para que referir pueda
con acierto à mi auditorio
los milagros y grandezas
de San Antonio de Padua,
gloria del cielo y la tierra:
y así todos los devotos
de esta luz brillante, vengan
à oir contar esta historia
tan curiosa y verdadera.
En el año que contamos
mil setecientos cincuenta,
de la ciudad de Toledo,
que es de su reyno cabeza,
por ó den del Gran Fernando
que nuestra España gobierna,
se partió Don Juan Rosique
con su esposa amada y bella,
y un hijo suyo mancebo,
que à quince años no llega,
siendo el viage y destino
à la ciudad de Valencia.
Al cabo de treinta dias
que allí estaban, le presentan
otra órden del Monarca,
que à Cádiz diera la vuelta,

y

y à Cartagena de Indias
por Gobernador partiera.
En el Grao se embarcaron
en una nave francesa,
y con buen tiempo llegaron
à Cádiz, donde se apresta
para Indias, y embarcóse
Don Juan, quedándose en tierra
Doña Josepha y su hijo,
hasta que les escribiera.
Un domingo de mañana
dieron al viento las velas,
y el miércoles inmediato
una galeota encuetran
y tres fragatas de Moros,
junto con dos caravelas,
y cercando el navichuelo,
le pretendian por presa;
disparan los Artilleros
diestramente y con certeza,
pero abordaron los Moros
confiados en sus fuerzas;
animosos los Cristianos
valientemente pelean,
causa que la mayor parte
de la gente feneciera.
Don Juan ya desesperado
en una fragata se entra,
y con su espada animoso
cortaba brazos y piernas
hiriendo y matando Turcos;
y el Arraez se le acerca,
diciendo: Cristiano, amayna,
no fies tanto en tus fuerzas,
pues no puedes ya escaparte;
te juro por mi Profeta,
de que he de tenerte en casa
para mi guarda y defensa.
Don Juan respondió: señor,
ya estoy puesto à tu obediencia.
Llevaron à Argel la nave,
y contento con su presa,
Mostafá se fue à su casa,
y à su muger le presenta
el cautivo, y le decia:
como à mi persona mesma
has de tratar à este esclavo,
que es hombre de grandes prendas.

Hízole su Mayordomo,
y la Mora con finezas
agasajaba à Don Juan,
con cariños y ternezas,
y llegó hasta persuadirle
consintiese en sus torpezas;
y él por ser leal al Turco,
como no correspondiera,
ella mas perdida entónces,
porque Don Juan la quisiera,
le dió muerte à su marido
desesperada y resuelta.
Pasados algunos dias,
un sábado por la siesta
salió Don Juan al jardin,
y sentado entre unas yedras,
Zayda que le iba siguiendo,
al instante se le acerca,
diciendo: mira, Cristiano,
lo que el amor atropella;
por tí he muerto à mi marido,
conque así, Don Juan, reniega,
y los dos nos casaremos,
gozarás toda mi hacienda,
vivirás muy aplaudido
de todos en esta tierra,
y saldrás con tus fragatas
à corso siempre que quieras.
Era la Turca agraciada,
discreta y de mucha hacienda,
conque Don Juan olvidando
los preceptos de la Iglesia,
condescendiendo à su gusto,
siguiendo la infame secta,
tomó el nombre de Audalá,
y así se casó con ella.
Dexándole con sus glorias,
vamos à Doña Josepha,
que pasado mucho tiempo,
como razon no tuviera
de su esposo, en una nave
que à Indias daba la vuelta,
se embarcó, y à pocos dias
quatro fragatas encuentran
de Moros, que el Renegado
su marido las gobierna.
Pelearon los Cristianos
mas de dos horas y media,
don-

donde el hijo de Don Juan
dió de su esfuerzo tal muestra,
que dando muerte à diez Turcos
con su cuchilla sangrienta,
al Capitan le alcanzó
una herida en la cabeza,
ignorando ser su padre,
como en tal trage estuviera;
y à no acudir muchos Moros,
à sus manos feneciera.
Don Diego y toda su gente
fue preciso se rindieran,
porque eran los Turcos muchos,
y el Renegado se lleva
à su muger; y à su hijo
le dixo de esta manera:
aquí pagarás, Cristiano,
tu atrevimiento y soberbia,
y à esta que le llamas madre,
en una mazmorra horrenda
la he de poner, porque acabe
su vida en grande miseria.
Ató à su hijo à una noria,
como si fuera una bestia,
haciéndole sacar agua
para regar una huerta,
y à la afligida señora
en una mazmorra encierra,
sin llegar à conocer
por divina providencia
ni à su muger ni à su hijo,
y en esta triste miseria
un mes les hizo pasar
hambres, trabajos y penas.
A trece del mes de Junio,
en que la Iglesia celebra
de San Antonio de Padua
con solemnidad la fiesta,
en la noche de rodillas
postrada Doña Josepha,
sacó del pecho una estampa,
y dixo de esta manera:
Padre mio San Antonio,
esta desvalida llega
à pediros la libreis
de aquesta gente perversa.
Rogadle al dulce Jesus,
que me ampare y me defienda;

y quedándose dormida,
oyó una voz, que serena
le dixo: devota mia,
Antonio está en tu defensa.
Vamos à que el Renegado
durmiendo con su manceba
vió un Frayle de San Francisco
entre sueños, que se llega,
diciéndole así: Don Juan,
ya la Magestad suprema
de Dios Todopoderoso
me envía, para que vengas
à los infiernos à ver
la habitacion que te espera;
y llevóselo al instante
à las obscuras cabernas.
Vió una cama muy colgada
de sapos y de culebras,
toda llena de asadores,
ardiendo en vivas pavesas,
y le dixo: aquesta cama
para ti la tienes hecha,
si no te vuelves à Dios,
dexando esa infame secta;
y advierte que esa señora,
que en la mazmorra está puesta,
es tu muger, y tu hijo
es el que en lugar de bestia
tienes atado en la noria;
y para que no se pierda
tu alma, vine à traerte
donde el desengaño veas,
y mira que soy Antonio,
trata luego de la enmienda.
Volvióle pues á su cama,
desapareció, y despierta
el Renegado temblando,
lleno de espanto y de pena,
y vistiéndose al instante,
sin que la Turca lo sienta,
fue derecho à la mazmorra,
abrióla, y entrando en ella,
dixo à su esposa: Cristiana,
por Dios y su Madre bella
te suplico que me digas
tu propio nombre y tu tierra.
Respondióle muy humilde:
Toledo es mi patria mesma,
ciu-

ciudad ilustre en España,
mi nombre es Doña Josepha
Beltran por mi senor padre,
y por mi madre Ribera:
casé con un Caballero
de muy grande descendencia,
llamado Don Juan Rosique,
que es causa de mi tristeza,
pues ha mas de siete años
que salimos de mi tierra,
mi esposo y yo y este hijo
que tienes puesto en cadenas;
y despues de estar en Cádiz,
mandó nuestro Rey que fuera
por Gobernador à Indias
mi esposo (qué g ande pena!)
y por no saber mas de él,
embarcarnos nos fue fuerza,
y pues tú nos cautivaste,
el cielo me dé paciencia.
El Renegado que escucha,
cayó desmayado en tierra,
y despues que volvió en sí,
le pidió con todas veras
perdon à su amada esposa,
y su suceso le cuenta,
quitándole las prisiones,
en la mazmorra la dexa,
encargándola el secreto,
y à su aposento dió vuelta.
Por la mañana à la Turca
con palabras placenteras
dixo: sabrás, bella Zayda,
que he dispuesto una merienda
en el nombre de Mahoma,
para que tú te diviertas,
y esto ha de ser en el mar
en su costa en una cueba,
y al Cristiano y la Cristiana
tambien llevarlos quisiera,
para ver si en fiesta tal
volverlos Moros pudiera.
La Turca le respondió
muy alegre y muy risueña:
pues prevendrás la fragata,
y avisarás quando quieras.
Audalá mandó à los Moros
la fragata compusieran:
recogió el oro y la plata,
diamantes, joyas y perlas,
buscando treinta Cristianos,
para que remando fueran,
y hasta diez y siete Moros
en su compañía lleva.
En aquella misma tarde
se embarcan, saliendo afuera,
y acercándose à la playa,
saltaron todos en tierra:
todos juntos merendaron
los manjares que allí llevan,
dando à beber à los Turcos
hasta que turbados quedan.
Así que los vió tendidos,
cortándoles las cabezas,
se volvieron à embarcar,
navegando à remo y vela.
La Turca dixo: Audalá,
qué novedades son estas?
y Don Juan le respondió:
que nos vamos à mi tierra.
que soy Cristiano, y pretendo
que mi alma no se pierda,
y si quieres ser Cristiana,
aquí tienes tus riquezas.
La Turca desesperada,
sin aguardar mas respuesta,
dando grandes alaridos,
se araña y se desmelena,
y furiosa al mar se arroja,
donde sepultada queda.
Prosiguieron su viage
Don Juan y Doña Josepha,
y en pocos dias llegaron
à las islas de Cerdeña,
y Don Juan se pasó à Roma,
y à su Santidad le cuenta
todo el caso referido
y la absolucion le echa;
y con su esposa y su hijo
se volvieron à su tierra,
donde se hizo à San Antonio
una muy solemne fiesta,
viviendo de allí adelante
con gran gusto y complacencia.

F I N.